

EL ENEMIGO EN LA SANGRE

A vintage movie poster for the film 'El enemigo en la sangre'. The background is dark. In the upper right, a close-up of a young child's face looking down. In the center, a man with a mustache and a woman are shown in a close embrace, looking towards the left. The man is wearing a dark suit and a red tie. The woman is wearing a blue cardigan over a red and white striped shirt. The title 'EL ENEMIGO EN LA SANGRE' is written in large, white, stylized capital letters across the top and middle.

**G. BIENERT
W. GMUR
W. KLEIN
H. KRAUSS**

**EDICIONES
BISTAGNE**

— FUERA DE SERIE —



QUINTA

1877

Margda Luquin
11

EL ENEMIGO EN LA SANGRE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Diréctor: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

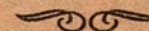
IMPRESA INDUSTRIAL - ARIBAU, 133 - TELF. 76307 - BARCELONA

EL ENEMIGO EN LA SANGRE

Film de alto valor educativo, adaptado por MARGARITE VIEL, cuyo asunto ha conseguido reunir el interés, la emoción y una serie de documentos vividos que contribuirán a divulgar una cultura singular

Producción PRAESENS-FILM

Director: WALTER RUTTMANN



Repertorio M. DE MIGUEL

(La aristocracia del film)

Consejo de Ciento, 292

BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Intérpretes

H. KRAUSS
G. BIENERT
W. GMUR
W. KLEIN

El enemigo en la sangre

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Introducción

La inteligencia humana, ese *quid divinum* que nos ennoblece, alienta en un organismo corporal, barro deleznable, sujeto a mil contingencias tan miserables y de tan baja estofa como las que amenazan a cualquier otro ser viviente de la más acentuada animalidad.

Hasta se da la circunstancia paradójica de que nuestra intelectualidad, al alejarnos de la naturaleza y rodearnos de un ambiente de artificialidad, hace más precaria la situación biológica del organismo humano, no sólo al dar origen a enfermedades nuevas y agudizar otras

Magda Buequín
30-7-1939

comunes a todos los seres, sino también quitando eficacia a las reacciones naturales del organismo, funciones curativas espontáneas y automáticas que la artificialidad de la vida civilizada desvirtúa.

La complejidad de la vida civilizada humana, obra no sólo de la inteligencia, sino también del desarrollo intensivo de determinados reflejos instintivos, ha creado una separación de la vida puramente biológica en la vida social. Sobre la superficie de la tierra ha aparecido un nuevo ser mucho más complejo: el ser social, sometido también en muchos puntos a las leyes biológicas. Con él ha aparecido también la enfermedad social.

Hay así enfermedades que, consideradas como afectando exclusivamente al individuo, carecen relativamente de importancia, pero, consideradas como afectando a la sociedad, adquieren una categoría y una importancia enormemente trascendente.

La característica de estas enfermedades llamadas sociales, no sólo radica en sus consecuencias, sino también, y quizá fundamentalmente, en sus orígenes, ya que todas ellas

son en su esencia consecuencia de imperfecciones sociales, y la única manera de atacarlas en su raíz es transformar la sociedad.

Ocurre así con la tuberculosis, obra de la miseria, de la depauperación de las masas sociales privadas de la alimentación suficiente y de los elementos higiénicos que son tan necesarios al organismo como la nutrición, de la carencia de habitaciones confortables y de la falta de sol y de aires puros.

Ocurre así con numerosas enfermedades.

Pero una de las enfermedades sociales más características es la "avariosis", que al afectar a la función trascendental de la perpetuación de la especie, en su enlace con la paternidad, constituye un drama horrible de nuestra civilización. Sus taras son hereditarias. El enfermo no debe preocuparse ya exclusivamente de su salud, sino de la de toda su descendencia. Sus hijos estarán afectados de una alta probabilidad, si escapan de la mortalidad infantil, de ser idiotas, o, por lo menos, enclenques, verdaderas piltrafas humanas. Y la pater-

nidad es lo más grande y desinteresado de la vida...

Contra tales enfermedades sociales, en lo que de tales tienen, solamente se puede luchar en el orden social. Para su curación individual

ha venido trabajando la Medicina año tras año, logrando culminaciones gloriosas que constituyen un triunfo brillante del intelecto humano.

Una iniciativa plausible

La Sociedad de Naciones ha emprendido una lucha contra las enfermedades sociales y sus orígenes, patrocinando uno de los métodos más modernos y eficaces de la difusión de las ideas, cual es la cinematografía.

En Suiza, sede de dicha Sociedad, y bajo su patrocinio, se está filmando una serie de películas documentales en las que no ha sido descuidada la parte artística y emocional, para lograr así en ellas un poder pedagógico eficaz. Tal es la película "Maternidad", destinada a luchar contra el aborto y su aplicación irracional, empírica y muchas veces criminosa. Tal la última película, que este libro trata de traducir, titulada "El enemigo en la san-

gre" y destinada a luchar contra la "avariosis".

La película, con su agradable seducción, más asequible a las grandes masas que la lectura, es utilísima para la divulgación de las ideas. Su empleo como propaganda para luchar contra las enfermedades sociales no puede estar más indicado. El amargor de la medicina desaparece bajo el disfraz de la trama interesante, sin que la seriedad documental de la enseñanza pierda un ápice. La obra perseguida así por la Sociedad de Naciones, debe merecer los más francos aplausos de todas las personas conscientes.

Pero las películas tienen muy corta vida. Son flor, sino de un día, de muy pocos días. Cuantos puede re-

sistir, dada la actual organización industrial de la difusión cinematográfica, una película en un programa.

Mientras que el libro perdura. Una vez leído, queda en nuestra biblioteca, siempre al alcance de nuestras manos, o de otras, y siempre dispuesto a ofrendar nuevamente sus enseñanzas útiles. Por otra parte, hay quienes prefieren saborear el placer que de una película puede derivarse en una reposada lectura, menos intensiva, más reposada que la visión de la pantalla, más propensa a la reflexión y a las sugerencias, siempre con un contenido mucho mayor que la rápida acción que nos presenta la cinta.

De aquí que pongamos determinadas dosis de confianza en la posible utilidad de este libro, glosa y trasunto fiel de la película para la finalidad noble y utilitaria que la película persigue.

Intentaremos así que sus páginas sean como una traducción estabilizada en el tiempo con el contenido de la película documental y sentimental a la vez. De cooperar a que la "avariosis" ceda ante la cultura

y sus malditos efectos disminuyan en sus fatídicos resultados.

La película "El enemigo en la sangre" ha sido filmada de una manera meticulosa y científica por la Dirección de Higiene Pública del Cantón de Zurich, con la cooperación de médicos, enfermeras, practicantes y enfermos de la Clínica de Dermatología y Sifiliografía de la Universidad, constituyendo así una positiva documentación.

Al mismo tiempo, han intervenido en ella notables artistas de la pantalla, que han sabido darle, con el interés propio de la acción de una sencilla trama, determinado contenido pedagógico.

Trata dicha película, reconocida de utilidad pública, y este libro en ella inspirado, de un tema doloroso en grado supremo que la crisis económica y social por la que atraviesa el mundo ha agudizado a través de los años.

Tema que interesa a todos, pero esencialmente al obrero.

La monstruosidad de la inconsciencia y el egoísmo de la sociedad se convierte en crímenes que emponzoñan el cuerpo social y hunden en la nada a millones de seres, sin per-

mitirles vivir una vida que pudiera ser tan hermosa... que debiera serlo.

Y lo más trágico es que esos desdichados seres víctimas de tal inconsciencia, son los dorados retoños de la humanidad. Son esos niños, deliciosas bolitas de manteca, carnicitas sanas y frescas recién venidas a la vida. Son la esperanza del mañana desvanecidas locamente por culpa exclusivamente nuestra, de sus padres. La vergüenza de nuestras miserias acarrea la desaparición de ese encanto de niños que debieran ser el más delicado adorno y encanto del jardín de la vida, yendo por nuestra culpa infame a llenar el espoliario de la muerte.

La película tiene una delicada y hermosa visión, presentándose un cesto lleno de rosadas manzanas. Nada tan sano y agradable en su pureza como esta fruta, si no es la lozanía y la pureza de los niños que abren por primera vez sus ojos a la luz.

Puros y tiernos como los de las manzanas, son los colores de sus

carnes. Sus sonrisas encierran todo un mundo de belleza pura y sana. Son futuros hombres dentro de los que no ha penetrado aún la maldad hombruna, los egoísmos, los apasionamientos, los odios, la ira, la envidia, la codicia; todas esas villanías que curten la piel de nuestra cara y la llenan de arrugas. Los niños son puros y sanos como las manzanas...

Pero en las manzanas puede entrar la podredumbre y en los niños también. Y los niños pueden traer, al nacer, heredada de sus padres, la podredumbre, maldita consecuencia de la vida corrompida social. Sirva de lección el cuadro. Basta para ello que reaccionemos contra nuestra inconsciencia. Y contra los prejuicios sociales. Contra las preocupaciones, contra el falso pudor, contra el abandono de nuestros hijos a una falsa inocencia, dejando que les den las primeras lecciones de la vida sexual las desdichadas a quienes la sociedad ha hundido en los últimos fondos...

La horrible enfermedad

Esta terrible enfermedad, que es como la exteriorización del implacable castigo de la naturaleza contra las infracciones de sus normas en lo que tiene mayor importancia para la vida de la humanidad; iniciándose con síntomas insignificantes y de inocua apariencia y llegando hasta invadir todo el organismo; destruyendo tejidos, pudriendo las carnes, ulcerando la piel, ocasionando la caída del cabello de la cabeza y de las barbas de la cara, y de las cejas y de las pestañas; destruyendo los más importantes órganos vitales y, lo más grave de todo, amenazando la vida y el desarrollo de los hijos; esta terrible enfermedad, que ha sido durante muchos siglos incurable, aún después de ser

conocida su eficaz y segura curación, sigue siendo un terrible azote para la humanidad al amparar su difusión el modo de ser de nuestra sociedad.

Durante mucho tiempo se ha creído que el contagio nos vino de América, importado por los acompañantes de Colón y los numerosos aventureros que impulsó al nuevo mundo el espíritu inquieto de los españoles.

Pero prueban las investigaciones históricas de la Medicina, hechas por los profesores Sudhoff, de Viena; Bloch, de Berlín, y don Jaime Pairí, de Barcelona, que la avariosis existía ya en Europa en el siglo XII y en Cataluña en el año

1460; por consiguiente antes del descubrimiento de América.

En el año 1495 se rindió Nápoles sin combate al rey de Francia Carlos VIII, celebrándose con tal motivo banquetes y orgías entre los mercenarios de todos los países que formaban el ejército conquistador y la población, que duraron nada menos que ochenta días.

Aquellos hombres sentían todas las concupiscencias brutales y bárbaras de las hordas que habían invadido el imperio romano, sumiendo la civilización en la barbarie. Eran aventureros mercenarios que se habían enrolado en los ejércitos del rey cristianísimo, sin mayores ambiciones que la carnicería, el saqueo y la crápula. Su conciencia se debatía entre absurdas supersticiones religiosas y un ansia insaciable de placeres impregnados de animadversión.

El renacimiento florecía recordando los vicios y la crápula del decadente imperio, y era como una primavera que protestaba contra el ascetismo medieval. El placer, por brutal que fuese, constituía la justificación de todas las acciones.

El clima de Nápoles, con su dul-

zura muelle y plácida, propendía a la bacanal; los mercenarios, tras de las fatigas de la campaña, sintiéndose en país conquistado, se entregaban con desenfreno a los más locos placeres. El buen pueblo napolitano, deseoso de congraciarse con aquellos soldados, y propenso, por temperamento, a libar en la copa del placer, cooperó a la orgía.

Comilonas ininterrumpidas y pantagruélicas; abusos de las bebidas alcohólicas, con la inconsecuencia subsiguiente y, perdidas con el abuso del alcohol la ecuanimidad y la justa medida, el desenfreno más absurdo de la lujuria mórbida, con olvido de toda precaución y prudencia y con promiscuidades propagadoras del contagio.

Ochenta días en los que la soldadesca no hizo más que comer, beber y revolcarse en la lujuria. Y después marchó la soldadesca a toda Europa, a diseminar el virus adquirido por contagio y traspasado incontables veces de unos a otros en aquellos ochenta días de promiscuación incesante...

Entonces, en todos los países de Europa como consecuencia de aquella inmensa hoguera napolitana, se

enseñoreó la enfermedad asquerosa que llenaba de podredumbre a los cuerpos, que cubría de pústulas apestosas la piel, que deshacía a los hombres más robustos, transformándolos en pingajos despreciables. Igual que la peste, importada por los soldados mercenarios al regresar a sus países, la "sífilis" se expandió por toda Europa para propagarse de padres a hijos por herencia y de generación en generación por contagio directo, hasta llegar a nuestros días.

Fueron pasando los años y la enfermedad, firme y vencedora del tiempo, siguió perdurando en su terrible faena de podrir al género humano, agazapada en los escondrijos del placer.

Durante siglos enteros fué considerada como una maldición del cielo absolutamente incurable, mientras la Medicina iba avanzando paso a paso, gracias al heroico esfuerzo de luchadores indomables. Pasteur, el coloso, estableció la teoría de las enfermedades contagiosas y su descubrimiento del mundo biológico microscópico. Albert Neisser descubrió los gonococos. Chaudinn encontró los espiroquetas o bacte-

rias correspondientes a la avariosis. Toda esta labor grandiosa, que permitió más tarde encontrar la curación personal de los atacados por la repugnante enfermedad, puede contarse como realizada entre los años 1822 y 1895.

Después nos es preciso saltar a 1906, para encontrar otro paso decisivo, obra de los estudios pacienzudos de los sabios. Uno, alemán, se consagró al estudio de diferentes reactivos químicos sobre las bacterias en la busca de productos que fuesen para ellas venenosos y al mismo tiempo inocuos para el organismo humano. Era salirse de la corriente de los experimentadores, del camino trillado de la ciencia, que buscaba el remedio de las enfermedades microbianas en el empleo de vacunas, luchando en el interior del organismo unos microbios contra otros, o haciendo el medio inadecuado para la vida de los nocivos. Las experiencias fueron realizadas concienzudamente, a la alemana, ensayando cuerpo tras cuerpo, producto tras producto, y siendo los resultados que con cada uno se obtenían anotados meticulosamente.

Así llegamos a 1908, época en la

que el estudio realizado sobre los animales permitió, tras de minuciosas investigaciones experimentales, encontrar los medicamentos apropiados para el hombre, llamados "Salvarsán" y "Arsenobenzol", siendo necesario poner a prueba más de 600 preparados, ensayados sucesivamente uno tras otro, hasta llegar al numerado con el 606, que constituyó una verdadera revolución médica al hacer repentinamente curable de manera fácil y radical la terrible avariosis.

La cinta nos demuestra después la procesión de los años que presenta como disparados sobre la pantalla. Mientras el tiempo va transcurriendo, trabajan humanitariamente los sabios en investigación de la verdad, o de las miserables partículas de verdad que se ponen a su alcance. Así pasan uno tras otro, sin dejar rastro, si no es el del esfuerzo callado y modesto de los experimentadores, desde 1906 hasta el 1918.

Luego notamos los efectos agravatorios ocasionados sobre dicha epidemia social por las grandes guerras. Venus y Marte formaban

en el Olimpo una pareja inseparable. Así la guerra ha contribuido siempre al desarrollo y a la propagación de las enfermedades que provienen del amor.

Luego nos dispara la película los años transcurridos desde el 1919 al 1922, señalado por interesantes investigaciones realizadas en el Instituto Pasteur, en las que Lavaditi y Sazerac descubren que el bismuto es igualmente un remedio eficaz para la lucha contra el enemigo.

Sigue el rosario de años que se detiene brevemente para hacernos conocer el resultado de los estudios estadísticos y demográficos, que demuestran que las pérdidas del patrimonio nacional se elevan anualmente en el mundo entero a varios centenares de millones.

Y con esto termina la parte de la cinta que puede ser considerada como una introducción, y pasamos a la trama sentimental y humana que ha de dar interés a la exposición documental de los hechos y ha de servir para difundir entre las gentes el santo horror a esta enfermedad y la conveniencia de un inmediato tratamiento, cuando las circunstancias sociales nos lleven a ad-

quirirla. Así como al convencimiento de cuán interesante es reaccionar

contra las causas sociales que hacen de dicha enfermedad una plaga.

Dos antiguos amigos

Nos vemos en la estación ferroviaria de una pequeña localidad provinciana. El tren, que acaba de llegar, va a partir rápido, camino de la gran capital. Un matrimonio se despide.

El es un hombre que marcha a sus negocios, y ella una mujercita muy cariñosa y muy enamorada de su esposo, que se queda desconsolada con su ausencia. No va a saber qué hacer, acostumbrada a su cotidiana presencia. Pero los negocios son los negocios y le obligan a él a abandonarla, aunque tan sólo por una corta temporada de unos quince días.

La despedida, como todas las despedidas, es triste.

—¡Buen viaje!—le dice ella muy triste.

—Adiós, esposito mía—le contesta él—. No te impacientes por mi ausencia, que ha de ser muy corta. Quince días todo lo más. Acuérdate de mí y sé formal.

Ella le contesta con una mirada de amargo reproche. ¿Qué otro recurso le queda a ella más que el de ser formal, en aquel triste pueblecito provinciano, vigilada cuidadosamente por todas las comadres ávidas de murmuración? El sí que necesitaría parecida recomendación,

solo por esos mundos de Dios, en la gran capital, donde tantas ocasiones encontrará de divertirse, sin acordarse mucho de su mujercita, muerta de aburrimiento en el pueblo...

Silbó el tren y arrancó lentamente, poniendo en circulación toda la gama de sus ruidos metálicos.

—Que no tardes... Adiós—murmuró ella.

—Adiós—dijo él.

Y comenzó el viaje.

Aquel viajero tenía cara de hombre despreocupado. Seguramente no le apenaba mucho el separarse de su esposa, antes bien, era ello para él un motivo de satisfacción: como un descanso en el tedio abrumador del pueblo provinciano y de la intimidad eterna con su esposa.

Pudo apreciarse claramente su estado de ánimo en las miradas incendiarias que dirigió a una compañera de viaje que iba en el mismo compartimiento que él, joven y guapa. Aquel viajero era, indudablemente, un Don Juan, que se sentía libre y feliz al alejarse de su esposa.

¿Qué negocios le llevaban a la gran capital? ¡Vaya usted a averi-

guar! Tal vez se tratara solamente de echar una cana al aire, de divertirse un poco con olvido del tedio provinciano y del empalago de su mujercita...

De paso, también pensaba saludar a un amigo. Era un estudiante paisano suyo que estudiaba en la Facultad de Medicina. Una carta suya desplegó el viajero, volviendo a leerla. Su amigo le decía que se alegraría muchísimo de volverle a ver con ocasión del viaje que le comunicaba como próximo y que podría encontrarlo a la salida de la Facultad. Se brindaba a ponerle al corriente de las cosas sumamente interesantes que iba aprendiendo en sus estudios...

Aquella muchacha que viajaba en el mismo departamento, era indudablemente muy interesante. Las miradas se cruzaron y, con las miradas, una tenue sonrisa. Ella sacó un cigarrillo de delicada pitillera, cosa muy corriente hoy entre señoritas, sobre todo más allá de nuestras fronteras y él se apresuró a ofrecerle su encendedor, encontrando en ello excusa para enredar conversación y ponerle los puntos sobre las íes...

Aquel señor era, indudablemente, un conquistador que iba a la capital únicamente a divertirse con la excusa de negocios. ¡Y su pobre mujercita se quedaba tan triste por su ausencia, ofendida por su recomendación de que fuese formal!...

Entretanto, en la colmena de la Ciencia, comenzaban las laboriosas abejas su faena matinal. El profesor difundía su enseñanza, que los alumnos procuraban asimilar con el idealismo de ser útiles a la humanidad, de curar sus dolores, de salvar vidas ajenas... o, tal vez, sencillamente, de encontrar el día de mañana una manera segura de vivir... Pero el hecho es que aquellos jóvenes atendían cuidadosa y laboriosamente a las explicaciones del catedrático y tomaban sus apuntes. Avidamente bebían en las fuentes de la Ciencia... de la modestísima y empírica Ciencia humana de curar que, cuando es desinteresada, constituye un verdadero sacerdocio...

Las gradas estaban llenas de alumnos, todos jóvenes, que, llenos de abnegación, consagraban al estudio esos años encantadores en los que tan dulce es la vida.

Cuando entró el profesor en el

aula, saludó cordialmente con camaradería:

—Buenos días, amigos míos.

Después comenzó su explicación:

—Señores: Ya hemos visto en otras anteriores conferencias cómo se produce en la mayoría de los casos la transmisión de la avariosis. Basta con que lleguen a ponerse en contacto con la sangre y por medio de la más leve herida, o a través de determinadas mucosas, los gérmenes patógenos procedentes de otro individuo contaminado. El riesgo, nacido de la falta de higiene y de limpieza, se encuentra por doquier. Los gérmenes pueden propagarse por mero contacto directo o indirecto, pudiendo servir de vehículo las ropas de la cama y hasta un vaso de cristal. Un beso puede asimismo ser elemento propagador del contagio.

Pero no todos los alumnos le escuchaban... Alguno no había llegado aún. La juventud tiene a veces exigencias que no logra dominar la voluntad débil con los pocos años. Tal le ocurría a uno de los estudiantes que, mientras el profesor pronunciaba las anteriores palabras, se encontraba sentado en el borde de una cama, terminando de vestirse, mien-

tras su compañera de la noche anterior se miraba al espejo, terminando su tocado.

El estudiante era el amigo del viajero que hemos conocido en el tren y a quien hemos visto leer una de sus cartas.

Su compañera era una jovencita de aspecto ingenuo, pero...

Así es que, mientras él terminaba de vestirse atropelladamente, deseo de llegar cuanto antes a clase y no perder la lección de aquel día, se mostraba ella displicente y como hastiada del amor de aquel doncel que, seguramente, encontraba empalagoso.

Terminó él de vestirse y salió como un ciclón, sin notar en su apresuramiento el despego de ella. Ya en la calle, silbó, haciendo que ella se asomara:

—¡Fh, Lily! ¡Lily!—le gritó.

—¿Qué quieres? — preguntó ella displicente.

—Que hoy no podré volver hasta las cinco. ¡Adiós!

Y el estudiantillo partió veloz para la clase, compartiendo con la ciencia sus amores por aquella muchacha que él creía tan ingenua, tan

niña, tan por completo entregada y consagrada a él.

Llegó a la clase vergonzoso y cohibido, avergonzado de su retraso, molestando tímidamente a sus compañeros para que le permitiesen correrse a lo largo de su grada y llegar hasta su puesto.

El profesor, entretanto, continuaba explicando:

—Como ya queda dicho, al principio, los enfermos no suelen preocuparse de los primeros síntomas del mal.

”En general, la primera manifestación de la avariosis se produce de una manera muy clara alrededor de tres semanas después de la contaminación, en forma de un chancro endurecido, lo que nosotros llamaremos “accidente primero”, y que consiste, como ustedes ven, en una pequeña llaga que no duele ni supura y que crece gradualmente hasta llegar a transformarse en un flemon superficial que, aparentemente, no tiene nada de peligroso.

”Aproximadamente ocho días después, se produce una hinchazón en las glándulas linfáticas que se encuentran a su alrededor, por donde empieza la emigración de los mi-

crobios patógenos, desparramándose por todo el organismo.

”En este gráfico —añadió el profesor mostrando uno—, podrán apreciar ustedes el curso del mal.

”El chancro desaparece luego, poco después de tres semanas.

”Para que pueda haber infección, es indispensable que en el lugar del contagio exista un pequeño corte en la piel que permita a los microbios penetrar en la sangre.

”Esta maqueta, que es una reproducción del natural, nos muestra en los labios de una mujer el accidente primero, producido por un beso.

”Alrededor de seis semanas después de la aparición del chancro, se producen los accidentes secundarios en regiones diversas: una erupción en la piel de la cara o del cuerpo, que ataca luego a las placas mucosas, siendo todo ello altamente contagioso.

”Aquí tienen ustedes una demostración muy exacta de las primeras manifestaciones en el segundo grado: el brazo, la espalda y, como ustedes ven, el cuerpo entero...”

Los alumnos escuchaban atenta, casi religiosamente, y tomaban sus notas en sus cuadernos. Los efectos

de la explicación eran decisivos y les afectaban intensamente, porque, al mismo tiempo que futuros médicos, eran posibles pacientes, y se encontraban en esa edad tan propicia al amor y, con él, a la contaminación. El efecto que en ellos producían los gráficos y las maquetas, no podía ser más intenso y aleccionador.

—Aquí tienen—continuaba el catedrático—cómo invaden los espiroquetas todo el organismo durante el tercer grado. He aquí un corte de un cerebro normal y debajo el de un cerebro contaminado por los microbios de la avariosis, señalando el lugar donde las bacterias se alojan en la masa encefálica y en la médula espinal.

“Entre los diferentes órganos atacados por los espiroquetas, se encuentran: el sistema nervioso, las placas de las mucosas y otras partes del organismo humano, originándose de estos ataques la parálisis, la angina de pecho y la desorganización de todo el sistema nervioso.”

La impresión que experimentaban los alumnos ante aquella explicación era angustiosa. ¡Cuán frágil

es la naturaleza humana ante los ataques de tan poderosos enemigos! Un hombre sano y fuerte se exponía a transformarse en un desecho humano al ser atacado por tan malignos microbios. A su edad, aquellos muchachos, profundamente impresionados por la explicación del profesor, tenían que atender vigilantemente a la pureza de su sangre, evitar la ocasión de todo contagio y, caso de ser contagiados, acudir inmediatamente al remedio...

Entretanto, había llegado a la estación de la gran capital el amigo del estudiante que hemos visto despedirse de su esposa y viajar en el tren, dispuesto seguramente a divertirse. Encargó que fuese su equipaje transportado al hotel, quedando en ir él más tarde y, sabiendo que era la hora en que los estudiantes abandonaban la Universidad, se encaminó a la Facultad de Medicina para esperar a su amigo.

Se encontraron el joven y el viajero y se abrazaron afectuosamente. El provinciano se consideraba feliz encontrando a quien en la capital pudiese servirle de guía en sus aventureros deseos de diversio-

nes, y el estudiante sentía llegar con su amigo como un aroma de su lejano terruño querido y añorado en la gran capital.

El viajero monopolizaba a su amigo. Era preciso festejar la ocasión de volver a encontrarse y esperaba que le acompañase a divertirse.

Y, como las diversiones siempre han seducido a la juventud, que suele verlas regateadas por la falta de dinero, mientras que el amigo llegaba dispuesto a derrocharlo, el joven estudiante no dudó en entregarse incondicionalmente. Si había de descuidar algo sus estudios durante unos días, después apretaría doble. Lo único que le disgustaba, con su juvenil sensibilidad, era abandonar algo a su encantadora Lily, ¡tan ingenua! ¡Y él que le había dicho que volvería a las cinco de la tarde! Era indispensable avisarla de que no podría ir a esa hora, embargado por el amigo de provincias. Sino, buena bronca le armaría, ella tan sentimental y mimosa. Así es que recabó de su amigo que le acompañase un momento para ir a un recado...

Terrible desengaño y duda cruel...

Acudió el estudiante, acompañado de su amigo el viajero, a casa de Lily, y la llamó, según su costumbre, con agudo silbido, sin que ella respondiera asomándose. ¿Qué podía ocurrir? Subió impaciente las escaleras, saltando de dos en dos los escalones, y llamó a la puerta sin que, al principio, respondiese nadie.

Ante la insistencia del joven, que volvió a llamar, se abrió la puerta del piso, apareciendo en ella una matrona obesa, con cara inconfundible de vieja intermediaria del amor, dotada, además, de muy mal genio. No eran aquéllas horas apropiadas para que la molestase aquel jovenzuelo, tan inoportunamente llegado, con sus intemperancias.

—¿Qué desea usted?— le preguntó con malos modos.

—Lily... Lily—manifestó él, tímido y encogido.

—No está— contestó ella secamente.

—¿Cómo que no está? — preguntó el joven, entrecortado y tímido.

—Que no está, hombre, que no está. ¿Cómo quiere que le diga que no puede verla usted en estos momentos? ¡No está ahora para usted!

Y cerró malhumorada la puerta bruscamente, dejando al joven sofocado.

¿De manera que no estaba para él a aquella hora? ¿Qué significaba aquella frase? ¿Y el ademán descocado de aquella hembra? ¿De

manera que era cierto lo que su candor no le había dejado sospechar hasta entonces? ¿Su Lily no era una ingenua que se entregaba incauta y desvanecida de amor entre sus brazos, sino una lagartona?... ¡Una lagartona que estaba en aquellos momentos entre los brazos de otro! La duda cruel anonadó al mozalbete, que descendió las escaleras verdaderamente apabullado.

Tras de inquirir lo que le sucedía, aclarado con medias palabras por el estudiante, su amigo intentó consolarlo con la filosofía del hombre "corrido" que de nada se asusta.

—No te preocupes, hombre, no vale la pena—le dijo—. Son cosas sin importancia que a todos nos suceden. Vente conmigo a tomar unas copas y será lo mejor.

Poca importancia le daba el calavera aquel al conflicto sentimental del estudiante, conflicto tan honrado como grande su ingenuidad. Primer desengaño amoroso de una vida que comenzaba llena de confianza y optimismo...

Pero el desengaño, con ser tan doloroso, no era nada comparado con otra preocupación que invadió

su ánimo, sugestionado aún por la explicación del profesor.

Mientras se horrorizaba, escuchándola, de los terribles efectos del mal, se consolaba pensando en que él se encontraba indemne, sin contacto sexual con persona alguna que no fuese su Lily, exclusivamente suya y, por lo tanto, incapaz de contaminarlo...

Pero entonces se había convencido de que aquella mujer no era suya solamente, sino del primero que se le acercaba con dinero en la mano. Aquella mañana, mientras lo esperaba para la tarde a las cinco, estaba en relaciones sexuales con otro hombre, con el primer llegado, siendo posible la contaminación.

Y el aspecto de la terrible enfermedad se presentó ante sus ojos amenazador. Era posible que él se encontrase contaminado y que llevase en la sangre el horrible veneno. Y una angustia atroz invadió su pecho, temblando azorado, como presintiendo en todo su organismo los terribles estragos del mal.

Se sentía todo él lleno de espiroquetas, que iban destruyendo sus mucosas y formando placas, que

iban invadiendo su cerebro y destruyendo su sistema nervioso. Acostumbrado, hasta entonces, a estudiar la enfermedad en los demás, estremeándose de horror, al pensar que podía encontrarse él mismo bajo su peso, entre sus terribles garras, sintió una aprensión suprema. La

aprensión del médico que conoce la importancia y la repugnancia de la enfermedad. Se daba a sí mismo un asco atroz, y su inquietud le preocupaba hasta olvidarse de su amigo y del placer de volverlo a ver y de la esperanza de un jolgorio sin tasa...

Un matrimonio obrero

Entretanto, hemos de presentar al lector un matrimonio obrero modelo, formado por una pareja ideal, entre la que el amor más puro había entretejido los más fuertes lazos.

El era Gustavo Peters, obrero metalúrgico querido por todos sus compañeros por la nobleza de su corazón y su alegre humor y estimado por sus patronos por su habilidad en el trabajo y su conciencia profesional.

Ella era una mujercita cariñosa y enamorada de él, el hombre fuerte y noble que tanto la amaba y que muy pronto iba a ser el padre de su hijo que alentaba en sus entrañas y muy pronto saldría a con-

templar con sus ojitos adorables la hermosa luz del día...

El hogar del obrero era alegre nido del amor familiar, porque Gustavo ama a su compañera con toda el alma y los cinco sentidos, y llevaba a él su paga íntegra, procurando a su mujercita todas las comodidades compatibles con la remuneración de su trabajo.

Ella era una abnegada mujercita que no tenía otra ilusión que ver contento a su marido.

Impacientemente espera ella que termine él su jornada y que acuda sin perder un minuto en el camino, como hace siempre, a su hogar, para recrearse con su compañía y su conversación, soñando en un porve-

nir dichoso cuando, muy en breve, llegue a aquella casa un ángel a alegrar la existencia de ambos padres con el glorioso esplendor de la paternidad.

El, entretanto, trabaja alegrementemente en el taller, puesto su pensamiento en ella, deseando que se pase rápidamente el tiempo que de ella lo separa...

Todos sus camaradas lo estiman y le quieren, pero... lo miran con cierta preocupación, con cierto reparo.

Sus brazos hercúleos, acostumbrados a vencer la dureza del hierro bajo los dientes de la lima con la delicadeza de un artista, se encuentran desnudos bajo las remangadas mangas de la camisa, luciendo su complexión atlética y sus formas apolíneas, pero...

En su piel hay unas manchas sospechosas, unas supuraciones, unos granos... Aquello tiene todo el aspecto de la enfermedad atroz, de la enfermedad tan peligrosamente contagiosa. Todos sus compañeros le quieren, pero sienten determinados reparos y se apartan de él con miedo. Además, no se atreven a hablarle. La ruda delicadeza de los

hombres del pueblo, pone reparos en su lengua, temiendo ofenderle y apenarle.

El más franco y su mejor amigo al mismo tiempo, decide, por fin, abordar la cuestión y, señalando su brazo izquierdo, se le acerca y le dice:

—Gustavo... tú tendrás que ir al hospital con tu brazo...

—¿Al hospital?— contesta éste alegremente—. No le das tú poca importancia a unos granos. Se trata de algo sin trascendencia alguna: un vicio de la sangre.

—Gustavo, su aspecto es muy maligno y se parecen extraordinariamente a los que provienen de enfermedades de mujeres.

—¡Bah ¿Te parece a ti?

—Sí, Gustavo, y es cosa más peligrosa de lo que te figuras. Como es tan contagioso y de tan terribles consecuencias, te lo digo con toda franqueza, para ver si te decides a curarte. Todos los camaradas procuran no acercarse mucho a ti y te tienen miedo y repugnancia.

—¡Demonio!— exclamó él más serio—. Pero eso del hospital... temiendo que dejar el trabajo y que separarme de ella...

—Tal vez no haya necesidad de ir al hospital y quizá te curará bien ese doctor que vive aquí cerca.

—Ya lo conozco. Fuí a verle...

—Pues vuelve otra vez.

—Yo iría, pero es demasiado caro para un trabajador.

—Tú verás lo que haces. Pero ten en cuenta que los caros son los mejores y lo que se gasta se puede dar por bien gastado.

Entretanto, llegó la hora de terminar el trabajo y los obreros abandonaron el taller.

Gustavo marchó hacia su casa, ansioso de ver a su querida compañera, pero ligeramente preocupado. ¿Sería posible que él se encontrase contaminado de aquella terrible enfermedad? Le parecía un absurdo, pero le preocupaba, aunque no fuese más que por la repulsión que inspiraba a sus camaradas de taller.

El contagio solamente podía provenir de un acto carnal. El, consagrado en cuerpo y alma a su compañera, prescindía de todas las demás mujeres, pero recordaba que un día, hacía poco tiempo, en momentos de expansión y de broma, en unión de otros compañeros, había recordado sus buenos tiempos de

soltero, los de imperiosas necesidades fisiológicas, y, sin serle espiritualmente infiel a ella, se había refocilado con una hembra cualquiera, la primera encontrada en el ratón de broma, sin darle importancia a lo que se le curan los granos tan pronto como usted le ofreció. Ya verá usted cómo desaparecen siguiendo el tratamiento. Es que algún compañero me ha asegurado que se trata de una enfermedad grave, procedente del amor. ¡Bah! La eterna preocupación de la avariosis. Acérquese usted y déjeme examinar esos granos. ¡Bah! ¡Qué ha de ser sífilis! ¡Si conoceré yo eso, consagrado toda mi vida a las enfermedades de la piel! Se trata simplemente de un vicio de la sangre, que los depurativos harán desaparecer fácilmente. ¿Tomó usted el paquete de té número uno? —Sí, señor. —Pues tome usted ahora el paquete número dos, que es mucho más enérgico y al que no resiste ninguna impureza de la sangre. Son cincuenta francos.

Pero, de todos modos, era sumamente desagradable ser mirado como un repara por los compañeros de taller que tanto le habían estimado siempre. Era indispensable que aquellos granos desapareciesen inmediatamente y, para ello, volvería a visitar al curandero que con tanta fe le había prometido curarle.

Así es que, camino de su casa, en lugar de seguir los excelentes consejos de su amigo y dirigirse a un médico solvente, fué a ver al charlatan.

—A usted le conozco yo—le dijo éste—. ¿No es usted Peters?

—Sí, soy el mismo, a quien no se le curan los granos tan pronto como usted le ofreció.

—Ya verá usted cómo desaparecen siguiendo el tratamiento.

—Es que algún compañero me ha asegurado que se trata de una enfermedad grave, procedente del amor.

—¡Bah! La eterna preocupación de la avariosis. Acérquese usted y déjeme examinar esos granos. ¡Bah! ¡Qué ha de ser sífilis! ¡Si conoceré yo eso, consagrado toda mi vida a las enfermedades de la piel! Se trata simplemente de un vicio de la sangre, que los depurativos harán desaparecer fácilmente. ¿Tomó usted el paquete de té número uno?

—Sí, señor. —Pues tome usted ahora el paquete número dos, que es mucho más enérgico y al que no resiste ninguna impureza de la sangre. Son cincuenta francos.

Y Gustavo abonó su importe muy satisfecho de poderse curar con un gasto tan relativamente reducido, contento al dejarse convencer de que no padecía la repugnante enferme-

dad y sugestionado por la frescura de aquel sacamuelas y por la presentación de su despacho, ideada con miras a engañar la credulidad de la ignorancia con esqueletos y carteles médicos que eran para el falso doctor tan misteriosos como para todos sus clientes.

Por fin, Gustavo llegó a su casa, recibéndolo su compañera con transportes de cariño. Aquellos dos esposos se llevaban indudablemente sumamente bien, íntimamente compenetrados el uno con el otro, llenos de mutua fe y confianza.

—Buenas tarde, Emma—le dijo él entrando.

—Me has asustado—le contestó ella temblorosa.

—¿De veras? ¿Pero cómo?

—No hagas caso, hombre. Son unas cosas muy raras que me pasan. Me asusta y sobresalta todo... ¿Has traído el azúcar?

—¡Bendito sea! Se me olvidó. Pero voy en un instante por él.

—No, déjalo; no tiene importancia.

—Sí, no faltaba más.

—No, hombre, no... Ya me las arreglaré.

—Entonces, prepara la mesa para que despachemos pronto la cena.

—¿Aun quieres trabajar más?

—Nunca es bastante. En lugar de aburrirme sin nada que hacer, ganaré con esas chapuzas un dinero que no vendrá mal...

—¿Pero no tenemos lo suficiente con tu semanada?

—Es necesario cuidarte mucho, madrecita...

—Todavía no—dijo ella, ruborizándose de placer—; pero no andamos muy lejos...

La juventud femenina que trabaja...

En una oficina burguesa, dos mecanógrafas trabajan. Juntas las mesas, mientras teclean sobre la máquina despachando interminables cartas comerciales llenas de formularios y lugares comunes, en los momentos de descanso, entre una y otra carta, mientras se dispone la terminada en la carpeta para la firma y se prepara la hoja de papel cebolla y la de papel carbón para la siguiente, frente a la minuta que hay que reproducir, las dos mecanógrafas hablan con esa intimidad que tan fácilmente se improvisa entre dos compañeras de trabajo de la misma edad, aun cuando acaben de encontrarse por primera vez.

Una de las dos mecanógrafas llevaba ya bastante tiempo en aquella

oficina y la otra era novata, recién ingresada, pero se habían hecho rápidamente amigas.

Y en sus confidencias, con ese hablar de pajarillos de las muchachas de oficina, entre carta y carta, hablaban, y la nueva le manifestaba a la antigua sus apuros y sus propósitos.

Ella era la primera vez que trabajaba, venida a menos por circunstancias fortuitas y, desconocedora del mundo del trabajo femenino, se encontraba con que le era materialmente imposible salir adelante con la pequeña retribución que percibía.

Así es que le manifestaba a su compañera su propósito de acudir al director para hacerle ver que era materialmente imposible que una

joven pudiese atender a sus necesidades con tan poco sueldo, solicitando un aumento.

La otra, que conocía bien el terreno que pisaban, le aconsejaba que no fuese. Se necesitaba toda su ignorancia de la vida para dar semejante paso, seguramente inútil y que la acreditaría de tonta.

Pero, tanto insistió la nueva, que la antigua le manifestó:

—Bueno, pues ve, allá tú. En medio de todo, nada pierdes, y el no ya lo tienes.

Y la joven mecanógrafa novata, temblando de emoción, pero impulsada por una necesidad fatal, se acercó a la puerta del despacho del director y solicitó hablarle, proyectando hacerlo tan elocuentemente que no pudiese resistirse él a sus argumentos...

Pero el director no estaba para perder el tiempo y no la dejó hablar. Era una tontería intentar vencerle y sus minutos eran preciosos y valían dinero. Bruscamente, en cuanto ella manifestó que le era imposible mantenerse con lo poco que cobraba, se la sacudió con cajas destempladas y con alguna grosería:

—¿Que no gana usted bastante? ¿Y qué quiere usted que yo le haga? Si no puede usted vivir con lo que le pagamos, nosotros no podemos pagar más. Las otras ganan lo mismo que usted y se arreglan. Haga usted como ellas y, si no le conviene, déjelo, que no nos faltarán cuantas necesitemos ganando lo mismo y pudiendo todas vivir. ¡Españílese!

Volvió desconsolada junto a su amiga.

—Ya te decía yo...—dijo ésta.

—Pero es que no me ha dejado hablar—gimió compungida.

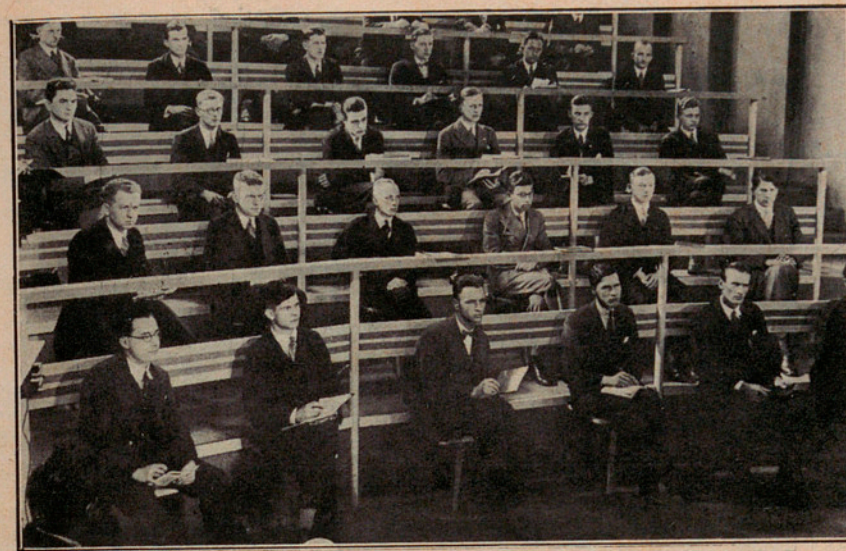
—Es natural. Su tiempo es precioso y el tuyo también le cuesta dinero.

—Pero, ¿quieres tú explicarme cómo os las arregláis las demás? Porque, en medio de todo, debe tener razón. Las demás podéis vivir con tan poca paga.

—Hija mía, parece como si acabaras de nacer.

—Y así es, en realidad, porque nunca, hasta ahora, había tenido que preocuparme en ganarme la vida.

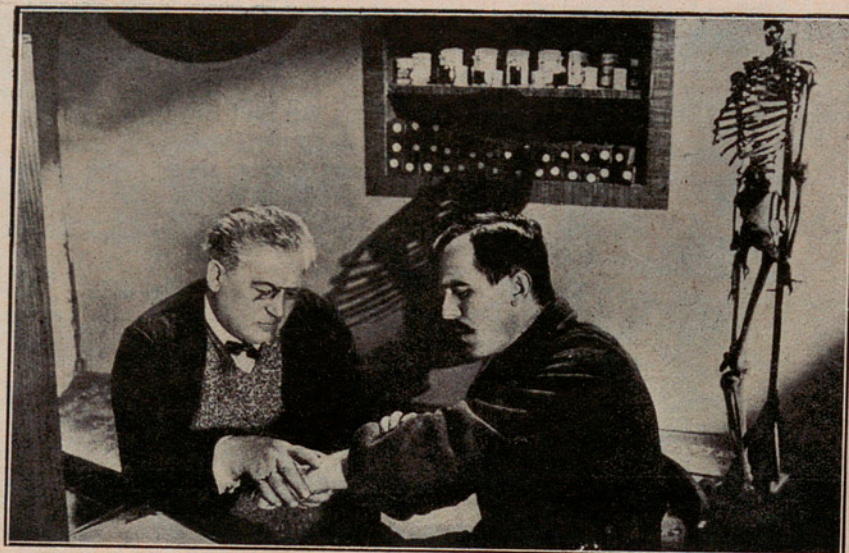
—Los burgueses se aprovechan de que se encuentran cuantas qui-



Los alumnos escuchaban casi religiosamente...



—No está ahora para usted.



—Se trata simplemente de un vicio de la sangre...



Estaba allí el joven estudiante...



Bailaron, cambiaron pocas palabras...



Y la señora moderna aceptó el baile del «gigolo»...



... continuaba bebiendo en la tabernucha...



... la suciedad que allí imperaba...



... tras de tropezar con una degenerada...



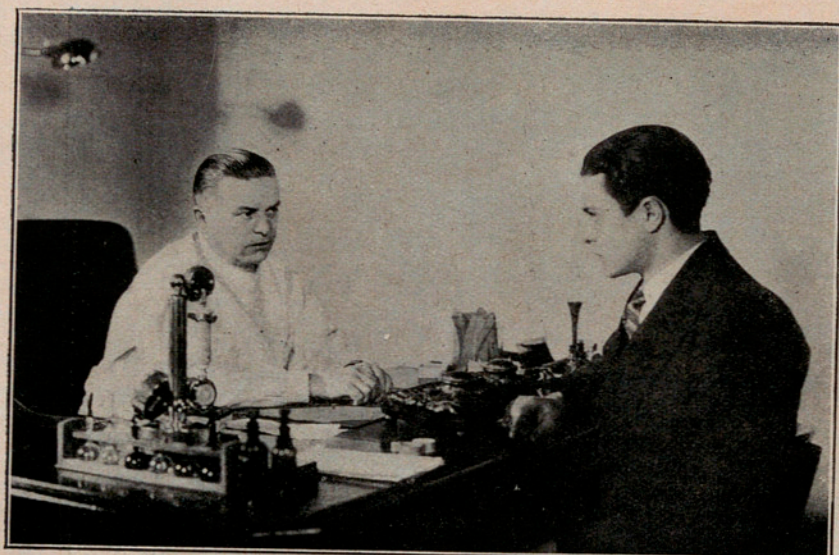
—Todo irá bien...



—¡Oh, qué desgracia!



... se encontraba sumamente inquieto y aprensivo...



—... tengo miedo de haber cogido una infección.



—Se encuentra usted contaminada...



—¿Pero qué ha pasado?



—... piense usted en su hijo que también será curado...

ran por poco que les paguen y nosotros nos vemos obligadas a espabilarnos y buscar otros pequeños ingresos...

—¿Trabajar más aún después de salir de la oficina? Y, si aquí pagan tan poco por ocho horas de trabajo, fuera de aquí... ¿qué podrán pagar por una hora extraordinaria o dos?

—No, tonta, no se trata de trabajar así. Es necesario tener mundo y saber explotar lo único que poseemos y el hombre desea: nuestra personalidad femenina...

—¿Pero qué me propones?

—Nada malo, mujer. No te escandalices. Por las noches vamos al cabaret y nuestro trabajo consiste en divertirnos, en gastar bromas con jóvenes elegantes y ricos. Tal vez con los hijos de nuestros patronos. Bailar con ellos, flirtear, dejarnos convidar a cenar espléndidamente, ahorrándonos una cena que no podemos pagar, aunque sea sórdida. A veces, si sabemos trastearlos, nos hacen regalitos. Una piel o una modesta alhaja, cosas de nula impor-

tancia para ellos, pero que nos ayudan a poder ir viviendo. Y, en cambio de todo esto, por nuestra parte, nada más que leves condescendencias, llegando nada más que hasta donde una quiera llegar dejándose guiar exclusivamente por el propio concepto del deber...

—Pero... ¿no tiene todo eso algo de vergonzoso?

—No, tonta. Una joven, mientras no traspase los límites de lo conveniente, que cada una puede determinarse a sí misma, tiene derecho a divertirse por las noches, una vez terminado su honrado trabajo. Y, sobre divertirnos, encontramos, en la generosidad de nuestros amigos, una ayuda que tú sabes bien que es absolutamente indispensable... Y hasta puede ocurrir que en el cabaret encuentres tu media naranja, porque allí van personas que fuera de allí son decentísimas.

—Me da miedo—aseveró la joven incauta.

—¡Bah! Desecha temores pueriles y vente conmigo esta noche al cabaret...

La amarga alegría del cabaret...

Llega la noche y la gran capital se transforma en un hervidero de vicios. ¿De vicios? Hay que tener en cuenta que tal calificación es obra y consecuencia de la civilización actual, tan llena de defectos y ocasionadora, a causa de tales defectos, de las llamadas enfermedades sociales.

La constitución social vigente ha estatuido un código moral lleno de convencionalismos y de absurdos, contra los que reacciona la naturaleza humana y, para hacerlo, necesita cobijarse entre las ocultadoras tinieblas.

Todo es, de todos modos, puramente convencional, como la civilización origen primordial de todo. Hay faltas que la sociedad condena

con gesto pudibundo y luego acoge con sarcástica sonrisa. Las relaciones intersexuales fuera del contrato matrimonial, son condenadas severamente, pero la moral es elástica en grado sumo y llega hasta a reglamentar la prostitución.

Fuera de tan vilipendiosa legislación, de hecho, la sociedad vive continuamente al margen de la monogamia y las tinieblas de la noche, aunque sean disipadas por mil focos eléctricos, lo toleran y lo encubren todo bajo su velo protector convencional.

Recordamos el caso de un crimen cometido en una calle solamente poblada a las altas horas de la noche, en el que el fiscal pretendía apreciar la circunstancia agravante de

nocturnidad. Se trata de un convencionalismo a la inversa.

Vive el hombre una vida completamente absurda. Las mejores horas del día, cuando luce alegremente el sol vivificador sobre el horizonte, las pasa el hombre encerrado en oscuras covachuelas iluminadas artificialmente, consagrado al trabajo. Luego, cuando la naturaleza duerme, también iluminado por la artificiosidad de las bombillas, consagra el hombre las horas apropiadas para el sueño a las diversiones más absurdas.

El amor arroja la careta de convencionalismos y sus vendedoras toman descaradamente las calles por asalto. Las expendedurías de licores encuentran en las horas de la noche los momentos más propicios para su negocio. En los espectáculos públicos aletea el amor como la tonadilla general que impregna el ambiente. El hombre, con la luz artificial, se acuerda de que es macho y siente los ardientes imperativos de la naturaleza. Los bailes son excusa para el contacto de los cuerpos de ambos sexos. Y todo el mundo, en las diferentes escalas sociales, se embriaga, con la ocultación

del sol, en el inmenso placer de cuanto oficialmente está prohibido.

En los campos no. En ellos, el labrador se acuesta con las gallinas, porque ha de aprovechar el alba para sus faenas. Pero en la gran capital, trasunto de toda artificialidad, y en las capitales menos importantes por deseo de imitación, la gente trasnocha, dedicándose a la crápula con sus diversiones idiotas.

En la gran capital, como sumum del convencionalismo y de la artificialidad, florece el cabaret.

Dentro de éste, por un acuerdo tácito, nada debe escandalizar a nadie.

Se bebe, se baila, se flirtea, se hace el amor descaradamente y hasta se puede amar en toda la plenitud de la palabra dentro de los reservados. Al cabaret acude lo mismo la persona incauta que el vividor; lo mismo la inocente jovencita que la lagartona; igual el provinciano ridículo y tímido que el "gigolo" dispuesto a hacerse pagar su simpatía.

Las pobres muchachas explotadas por el dueño, tienen la misión de enredar al cliente para que haga gasto, con la fantástica lista de precios

que suele ser una desagradable sorpresa final. Ellas se aburren sobremanera y no se cansan de beber copitas inocuas que hacen pasar por caras bebidas. Cuando el parroquiano es curioso, tienen todas ellas idéntico cuento romántico que contarle, en el que siempre rezuma la amargura.

La juventud dorada, los hijos de los fabricantes, los herederos de los banqueros, cuantos no saben apreciar el valor del dinero adquirido por el esfuerzo personal, actúan de providencia para aquellas jovencitas que buscan con fingida alegría solamente una cena substanciosa, y para el propietario y explotador del cabaret, que es para ellos un señor sumamente respetable, como dueño de un importante negocio.

La corrompida sociedad del artificialismo, se pudre hirviendo en su propia salsa en los cabarets de las grandes capitales.

Aquella noche encontramos en el cabaret a antiguos conocidos y a otros nuevos que presentaremos al lector.

Estaba allí el joven estudiante, muy serio y lleno de preocupaciones, amargado aún por el desenga-

ño de su Lily y temeroso de haber sido contagiado.

Tal vez era aquélla la primera vez que asistía a tal sitio. Ni sus gustos le aconsejaban ir allí, ni sus medios económicos se lo permitían. Pero había llegado su amigo de provincia deseoso de divertirse y dispuesto a gastar lo que fuere preciso, y, atendiendo a sus ruegos, lo había llevado al cabaret.

El amigo provinciano se encontraba allí en sus glorias, recordando el tedio cotidiano de su pueblecito provinciano, deslumbrado por los resplandores de la gran ciudad, persuadido de que estaba divirtiéndose una barbaridad.

Su mujercita era muy buena y muy gentil. ¡Menuda diferencia!... Pero era monótona y aburrida en grado sumo y su ropa olía a los membrillos entre los que era guardada en el arca. En cambio, aquellas mujeres, despreocupadas y frívolas, fumando, bebiendo y riendo, vestidas elegantemente con grandes escotes, olían a delicadas esencias que embriagaban los sentidos. ¡Y qué de misterios no se esconderían seguramente allí! El cándido provinciano sospechaba damas de al-

tísimo copete que acudían de incógnito, favorecidas por la libertad de costumbre de las grandes ciudades.

El quería resarcirse en pocos días y en pocas horas del tedio de su pueblo, y bebía incesantemente y bailaba con todas, y convidaba espléndidamente y se insinuaba con aquellas mujeres, las cuales lo habían "calado" inmediatamente y se burlaban donosamente de él.

Entretanto, el estudiante se aburría. Aquel ambiente le ahogaba y contemplando aquel desbordamiento de lujuria recordaba horrorizado las lecciones de su profesor y miraba asustado aquellas carnes procazmente mostradas bajo los escotes en las que tal vez pululaba el germen de la horrible enfermedad y que, por lo menos, con aquella vida, estaban continuamente expuestas a una contaminación.

La situación de su espíritu no provenía de una exageración. El, buen estudiante, conocía bien y detalladamente todas las células biológicas que integran el cuerpo humano, tanto las musculares como las linfáticas, las óseas y las nerviosas. El sabía las importantes misiones

que la vida les tenía encomendadas. Y él había podido ver aquella mañana, con horror y repugnancia, los efectos deletéreos de la infección sobre las células. Había visto cómo el cerebro, la parte más noble del organismo humano, se transformaba en un pudridero repugnante. El había sentido, con su exquisita sensibilidad de médico en ciernes, toda la horrible tragedia orgánica de la enfermedad, y sentía una repugnancia instintiva hacia aquellas manifestaciones mórbidas del amor que lo impregnaba todo y en las que todo era propenso a la promiscuidad y al contagio.

No era ciertamente un misógino. Le entusiasmaba la mujer, pero le horrorizaba el contacto carnal con una cualquiera, que venía de otros brazos tal vez contaminados. Su Lily, mientras él la creyó suya, exclusivamente suya, tenía para él la delicada y deliciosa fragancia de una flor, horrorizándole luego, al convencerse de que no era sino un elemento de contagio.

La mujer... en aquellos años mozos, llenaba todo su espíritu y constituía toda su ilusión. Pero no aquellas mujeres que parecían consagra-

das exclusivamente a recibir y propagar el virus letal.

Por eso se concentró su atención inconscientemente y como de manera instintiva en una mujercita que estaba sentada cerca de él y que parecía completamente distinta a las demás. Su aire no era el descocado de las otras, ni reía locamente a carcajadas, ni bebía ostentadamente, ni su traje enseñaba procaces desnudeces.

Sus miradas se cruzaron tímidas. Seguramente también a ella le interesaba él, modesto, cohibido, silencioso y prudente, sin el alocamiento y la desvergüenza de los demás hombres. Se cruzaron tenues sonrisas... El se acercó decidido y respetuoso y la invitó a bailar...

Ella era la mecanógrafa novata que ya hemos conocido, llevada al cabaret por su amiga, antigua y versada en esta vida, acudiendo allí sencillamente en busca de una cena.

Bailaron, cambiaron pocas palabras, se comprendieron y se sintieron mutua e intensamente impresionados.

Luego se separaron y él intentó ver qué era de su amigo, encontrán-

dolo bastante ebrio y haciendo francamente el ridículo.

Ella, impresionada por la sensatez y la delicadeza del joven, se sintió allí fuera de su centro. Otro de aquellos hombres, tan diferentes de él, podría también invitarla a bailar y hacerla beber, teniendo que soportar sus sandeces, sus risotadas, sus bromas estúpidas y sus libertades subidas de tono. No pudo resistir a tal idea, al miedo de que sus temores tomasen realidad y, sin despedirse de su amiga, se marchó.

Entretanto, el joven estudiante la buscaba inútilmente por todo el salón, sumamente inquieto. Por una parte, se sentía subyugado por la sensatez y la pureza de la joven, que le parecía raro brillante en un estercolero. Por otra, sospechaba que todo pudiera ser fruto de fingimiento y deseos de cazar un incauto. Recordaba la fingida inocencia de Lily y se sentía escamado.

En la mesa donde antes se sentaban ambas amigas sólo se encontraba la otra, mujer de mundo, vestida a la moda, alegre y vocinglera, dispuesta a hacerse convidar a toda costa, tal vez buscando algún regalo y sin inconveniente para conceder

algún beso, alguna caricia, hasta donde le aconsejasen su prudencia y su cálculo...

El joven estudiante se acercó, preguntándole:

—Señorita, ¿acaso su amiga se ha ido antes de terminar?

—No tendría nada de extraño. Seguramente no le gustará este ambiente y se habrá marchado.

¿Luego era verdad? No le había mentido ella cuando le manifestó que era la primera vez que acudía a un cabaret y que se encontraba molesta ante aquellas escenas.

El le había explicado también que era asimismo la primera vez que iba allí, solicitado por un amigo provinciano, y que le disgustaba extraordinariamente todo aquello. Pocas palabras más habían cambiado, pero sus almas se habían entendido inmediatamente, con esa claridad de las almas que saben encontrar en el silencio el más elocuente lenguaje.

El estudiante interrogó a la amiga, que no tuvo ningún inconveniente en explicarle el caso de su amiga. Ella, compadecida, viendo que era materialmente imposible sostenerse con lo poco que ganaba, la había

acompañado allí para que intentase, como hacía ella misma y tantas otras, ganarse por lo menos la cena complaciente con los amigos, deseos de bailar y divertirse. Por lo visto, era incapaz de transigir con aquello y se había marchado.

Aquel caso produjo en el estudiante una profunda impresión. Era una linda mujercita, delicada y pura, con la que él sería indudablemente feliz, y la fuerza exorbitante de su juventud lo arrastraba impetuosamente hacia su amor. El joven se sentía enamorado, ardientemente enamorado. La debilidad de aquella muchacha y las difíciles circunstancias económicas que atravesaba, le empujaban violentamente hacia ella, ansioso de ayudarla, entremezclándose el deseo, el amor y la generosidad.

Se informó por su amiga de su nombre, de todas sus circunstancias y hasta del sitio donde podría encontrarla a la salida del trabajo. La mecanógrafa, que era en el fondo una buena muchacha, creyendo adicionar que aquel joven, al parecer inocente y cándido, pudiera ser una solución para su amiga, le informó complaciente de todo. El estudian-

te quedó locamente enamorado de aquella flor de pureza, tan expuesta a caer entre el fango social empujada por la necesidad.

Entretanto, seguía el cabaret radiante de animación estúpida. Las parejas bailaban incesantemente. Las copas se vaciaban sin descanso. Las miradas más incendiarias iban de ojos a ojos. Las manos, en el baile, no se cansaban de acariciar los hombros, las espaldas y todas las coyunturas del cuerpo de la pareja. La conversación era libérrima y el humo de los cigarrillos llenaba de pestes orientales el salón.

El amigo provinciano se excedía cada vez más en sus locuras, completamente ebrio, dispuesto a vaciar su cartera para poder contar después en su pueblo, mostrando la factura, cuánto se había divertido y cuántas locuras había hecho.

El estudiante, oscilando su pensamiento entre el recuerdo de la inocente mecanógrafa y la contemplación de aquel alucinante espectáculo, miraba a una pareja que estaba sentada en una mesa cerca de él, sin extremar sus locuras y dando muestras de cierto aburrimiento.

Debían ser marido y mujer que

habían acudido allí solicitados por la curiosidad. Desde luego, se veía que ni él ni ella eran de los habituales de aquella vida absurda.

El estudiante los veía sin fijar mucho en ellos su atención. Ella, disimuladamente, sostenía las miradas ardorosas que le dirigía un joven elegantemente vestido y de presuntuosa belleza, sentado a una mesa inmediata detrás del marido.

—¿Pero de verdad no quieres tú bailar?—le preguntó ella a su esposo con voz bastante alta, como para que la oyera el otro joven, mientras le dirigía una expresiva mirada.

—Ya te he dicho que no. Me encuentro fatigado—respondió el esposo.

Entonces el joven, en quien cualquier habitual del cabaret hubiera reconocido inmediatamente un “gigolo”, se acercó a la mesa preguntando con mucha cortesía:

—¿Me permitiría usted, caballero?

—Sí—contestó él secamente, sabiendo de lo que se trataba.

—Señora—continuó él dirigiéndose a la esposa—, ¿sería usted tan amable que aceptase un baile?

Y la señora moderna aceptó el baile del *gigolo*, sin pensar—o tal vez pensándolo y deseándolo—que acabaría también por aceptar sus galanterías y sus palabras de amor.

En cuanto al marido, hombre a la moderna y conocedor de los cabarets, no le dió al hecho ninguna importancia. Los “gigolos” están en los cabarets precisamente para eso, para bailar con las que no encuentran pareja, aceptando luego un par de duros de propina. Para ello necesitan ser hombres guapos, vestir elegantemente, saber bailar a la perfección y tener una conversación agradable.

¿Qué podía resultar de aquel baile, de aquella aproximación entre aquella mujer ya algo otoñal y aquel mozalbete presumido y conquistador de oficio hasta hacer de ello la indigna manera de ganarse la vida? Ya lo verá el lector más adelante.

Hastiado, el estudiante logró arrancar de allí a su amigo, completamente borracho, que pagó una crecidísima factura y salió del cabaret sumido en las preocupaciones más profundas.

Pero aquella noche no podía ter-

minar así. El amigo provinciano había bebido demasiado para marcharse tranquilamente a la cama “a dormirla”.

Se empeñó en continuar la juer-ga y arrastró al joven a un sórdido tugurio.

El estudiante, mientras procuraba evitar que su amigo diese un mal paso, reflexionaba hondamente. Hecho examen de conciencia, se encontraba enamorado de la joven mecanógrafa. Pero su temor a estar contaminado por el terrible mal, ponía una nota trágica en aquellos amores. Vislumbraba el cielo de la felicidad, pero temía encontrarse en el infierno de la avariosis, al que jamás arrastraría él a aquella muchacha tan pura.

Entretanto, su amigo continuaba bebiendo en una tabernucha de los bajos fondos de la gran ciudad. El estudiante recordaba las posibilidades de contagio que muchas veces solía tener vehículo en un vaso mal lavado, y contemplaba la suciedad que allí imperaba, negándose a beber, mientras su amigo trasegaba uno tras otro incontables vasos de cerveza. Después, alucinado por los vapores del alcohol, y considerando

que una juerga debía forzosamente terminar en una cama femenina, tras de tropezar con una degenerada ya en los últimos peldaños de la abyección, retratados en la cara los estigmas de todos los vicios y de todas las enfermedades, se fué a dor-

mir con ella en una cama sucia, fé-tida, con decisión suicida a impulsos del alcohol...

El estudiante lo dejó, reflexionando sobre su situación propia y señalándose el camino que desde el día siguiente creía deber seguir...

Durante el día siguiente

Amaneció el día siguiente y, con la nueva luz, se vieron los obreros obligados a encaminarse rápidamente hacia el taller, para seguir produciendo el sinnúmero de cosas útiles, indispensables para la vida de la humanidad, mientras los ricos dormían en sus cómodos lechos rumiando los recuerdos de la noche anterior, satisfechos de que hubiese quienes madrugasen para trabajar y producir lo que ellos habían de consumir principalmente, gracias al dinero que dicho trabajo les producía en forma indirecta, por ser dueños del capital.

Así Gustavo Peters se vió precisado a levantarse rápidamente de la cama y marchar al trabajo, tras de despedirse de Emma.

Le dolía marchar, y no por pereza ni desgana de trabajo, que estaba habituado a la faena y sabía poner en ella espíritu de artista. Le dolía marchar porque dejaba a su compañera a punto de dar a luz y hubiera preferido continuar a su lado atendiéndola.

—Vamos, Emma —le dijo—despacha pronto que se me hace tarde.

—Ya está todo listo. ¿Cuánta prisa tienes hoy!

—La de siempre, hija. No hay que llegar tarde. ¿Y tú, te encuentras bien?

—Estoy muy animada.

—De paso me llegaré a avisar a la señora Krausse.

—Sí, será mejor que la avises,

ya que te coge de paso, por si ocurriera algo.

—¡Ah! ¡Se me olvidaba el pan! Bueno, adiós, y no cometas ninguna imprudencia.

—Adiós, Gustavo — dijo ella quedando inquieta ante los temores primerizos de la maternidad.

En su camino encontró el joven obrero la casa que buscaba y en la que indicaba un rótulo:

"J. Krausse. Comadrona."

—Buenos días, señor Peters—le dijo ésta recibéndolo.

—Buenos días, señora Krausse.

—¿Todo va bien?

—Sí, señora Krausse, pero vendría que se llegara usted a casa, porque parece que se encuentra muy adelantada...

Efectivamente, la comadrona, mujer de cierta edad, ducha en su profesión, marchó inmediatamente a casa del obrero, siendo recibida cariñosamente por la parturienta:

—Buenos días, señora Krausse.

—Buenos días, señora Peters.

—Me alegro de que haya usted venido.

—Pues, si se aproxima el momento, nos dispondremos a intervenir. Acérquese usted, señora Peters,

y no tenga ningún miedo. Nos pondremos cómodamente y todo irá bien. Acuéstese usted así en la cama... No quiera usted ir a prisa... Deme usted la mano... Todo irá bien y, sobre todo, no tenga usted miedo... ¡No faltaba más!

Y, con la ayuda de aquella buena y experimentada mujer, la madre primeriza salió felizmente de su paso, quedando medio desfallecida de dolor, cansada de los esfuerzos naturales, mientras que la señora Krausse atendía al recién nacido.

Y, contemplando el cuerpecito del crío, la comadrona vió con sobresalto su piel cubierta de manchas, signo inconfundible del maldito contagio que ella, ducha en su profesión, conocía bien.

—¡Pobre madre! — exclamó con compasión inmensa nacida de su generoso corazón de mujer.

Ante ella se descorría el velo de una horrible tragedia.

—¿Qué hay? ¿Qué sucede? — preguntó una vieja vecina, buena amiga de la joven madre.

—Nada, muy poca cosa — respondió la comadrona tratando de quitarle importancia a lo sucedido.

—¡Qué manchas tan extrañas tie-

ne el niño en la piel! ¿No encuentra usted?

—¡Cállese, por favor! ¡Que no lo oiga la pobre madre!

—¡Oh, qué desgracia! — prorrumpió la vecina comprendiendo de lo que se trataba.

—Sí, es muy triste, muy triste— contestó la comadrona.

La tragedia se había volcado sobre aquel hogar. Luego regresaría el padre del trabajo y se enteraría horrorizado del terrible hecho. Más tarde, necesitaría también enterarse la madre, y el horror levantaría entre ambos una alta muralla. Aquel niño que esperaban que sería una bendición, sobre abrumarlos con su grave enfermedad, sería para él una acusación continua. ¡Tenían razón los compañeros del taller y aquel charlatán era un infame!

Entretanto, aquella mañana, el joven estudiante, siguiendo el proceso de sus determinaciones, consecuencia de su miedo a estar contaminado y de su puro amor por la joven mecanógrafa, apenas saltó de la cama se dirigió decididamente a la clínica de su profesor, muy afamado por su conocimiento de la temida enfermedad adquirido por

una larga experiencia. Para ello buscó su dirección en el listín de teléfonos y se encaminó a la calle de Waggoner, número 156, priso principal, preguntando por el doctor F. Leid.

—¿Quiere usted pasar? Hágame el favor de sentarse — le dijo el profesor.

Una vez sentados ambos, añadió:

—No parece usted enfermo.

—Doctor: tengo miedo de haber cogido una infección.

—¿Ha notado usted algo sospechoso?

—Absolutamente nada, pero me he puesto en condiciones de ser contaminado y tengo miedo, deseando salir definitivamente de dudas.

—Bien. Vamos a ver, a examinarle.

Y tras de hacerlo escrupulosamente, el especialista añadió:

—Exteriormente no veo nada, pero, si usted quiere, podremos hacer el análisis de la sangre. Ponga usted su brazo aquí... Así, muy bien. Voy a tomar un poco de su sangre... perfectamente. ¿Quiere usted cerrar la mano fuerte?... Así mismo. Esto apenas hace daño.... No se mueva ahora. Ya está. Muchas gracias.

—¿De modo que se podrá averiguar con toda certeza si estoy contaminado o no? — preguntó ansiosamente el estudiante.

—La reacción de Wassermann — le contestó el doctor — nos descubrirá la verdad sin género ninguno de duda. Vuelva usted a verme dentro de un par de días.

Y el joven estudiante se marchó lleno el pecho de ansiedad y de impaciencia, torturado por los recuerdos de la lección, temeroso de llevar en sus venas el veneno de la infección, inquieto y desasosegado, al mismo tiempo que sintiendo el delicioso recuerdo de aquella gentil mecanógrafa tan pura, delicada y buena...

* * *

Y continuaron en el aula las explicaciones sabias del doctor, con asistencia de los alumnos, entre quienes se encontraba nuestro amigo sumamente inquieto y aprensivo, pareciéndole sentir en sus carnes y en sus nervios los terribles síntomas, loco de impaciencia por conocer el resultado de la reacción Wassermann que sería para él como una sentencia...

—Vais a tener ocasión de observar — continuaba explicando — en nuestras clínicas, centenares de casos de consultas, para que así se

vaya formando vuestra experiencia en la curación de este mal. Pero, en primer lugar, visitaremos el departamento de niños.

—La avariosis — continuaba — se transmite igualmente por conducto hereditario. Si el niño no muere al nacer, lo cual puede muy bien ocurrir, presenta, en la mayoría de los casos, una erupción característica en la piel. Ocurre a veces, a cierta edad, cuando son algo mayores, que el microbio despierta ocasionando terribles destrozos en el organismo. Entonces es cuando des-

truye el sistema nervioso de los niños de donde nacen estas trágicas consecuencias: Hidrocefalia, ceguera, desórdenes en la medula espinal, atontamiento, imbecilidad y hasta completa idiotez, y la parálisis.

Tras de trasladar la clase al lugar adecuado, explicó:

—En estas casas de salud, construídas especialmente para los niños, es donde éstos pequeños seres arrastran su vida miserable.

Y la película, continuando su misión educadora, muestra al espectador los horrores del infame con-

tagio de las inocentes naturalezas infantiles. Las que debieran ser florillas de salud y lozanía, desfilan ante los ojos del espectador torturando su corazón sensible, con sus horribles lacras, con los estigmas inveterados del vicio de los padres, tiernas criaturas víctimas de la infamia de quienes han contraído inmensa responsabilidad moral al hacerles venir al mundo y a la vida sin poder consultar previamente su voluntad, recayendo sobre tales padres absolutamente toda la responsabilidad correspondiente a esas vidas en germen destinadas al horror fisiológico...

Ha pasado algún tiempo...

Ha pasado algún tiempo y nos encontramos en la Policlínica, grandiosa institución en la que la ciencia se esfuerza en ayudar a los individuos que han sido contaminados por el terrible mal para luchar así contra la enfermedad social. Suntuoso local en el que han sido atendidos los más nimios problemas de la higiene y en el que se trabaja incesantemente como en una colmena para purgar a la sociedad de las podredumbres consecuencia de una absurda organización social.

Los cuadros indicadores eléctricos funcionan de continuo señalando a cada cliente, por su respectivo número de orden, la cabina a la que debe encaminar sus pasos para ser oportunamente atendido, así co-

mo otros cuadros indican las cabinas ocupadas, para evitar indiscreciones y molestias inútiles.

En la policlínica puede encontrar el espectador de la película y el lector de este libro numerosas lecciones ilustrativas del grave problema de la lucha contra la avariosis.

Quien padezca los terribles azotes de la enfermedad, podrá encontrar en la Policlínica ayuda y remedio, y no fundamentada en una caridad denigrante, sino en los sanos principios de la solidaridad social y humana.

La curación representa gastos que, cuando no están al alcance del enfermo, son atendidos por la organización, con la cooperación de la correspondiente subvención del Es-

tado y con otros mil recursos originarios del altruísmo y la generosidad.

Así lo comprende el espectador de la película leyendo la siguiente carta que se proyecta en la pantalla:

"A la señora directora de la obra del Buen Socorro.

"Distinguida señora:

"La portadora de la presente ha sido reconocida enferma. Esta pobre mujer no está en situación de poderse pagar los gastos mientras dure el tratamiento. Así, señora directora, le es necesario un socorro para las cuatro semanas siguientes a partir de hoy.

"Agradeciéndole en lo que vale tan señalado favor, quedo una vez más suyo afmo. y s. s.

Yale V. Mirnau."

No hay que desesperarse cuando no se dispone de medios. La sociedad reacciona contra sus propios crímenes y encuentra solución para todo, aunque fuera preferible que el remedio no fuese necesario.

La policlínica bulle de clientes, de practicantes, de médicos, de estudiantes. En ella encontramos al joven que teme estar contaminado

del terrible mal, viéndose retratados elocuentemente en su cara la incertidumbre y el temor en extraña mezcla con la esperanza que le hace soñar con horizontes de color de rosa al lado de aquella mecanógrafa de quien está profundamente enamorado, sin haberse atrevido, no obstante, a volverla a ver, temeroso de la enfermedad y asqueado de sí mismo.

Le vemos recibir una carta y leerla con la mayor ansiedad. Por el membrete ha reconocido su procedencia y sabe que se trata de la notificación del resultado de la reacción de Wassermann. Se trata, pues, de la lectura de una sentencia más grave que todas las que puedan dictar los tribunales más temibles. Se trata de si se encuentra enfermo o no de la horrible enfermedad. De si puede o no consagrarse a su amor.

Se explica, pues, que irradie la felicidad en su rostro tras de su lectura, siendo su contenido el siguiente:

"Muy señor mío:

"Referente a la consulta que usted me hizo el sábado último, me es grato informarle, después del último examen, que está usted abso-

lutamente indemne. Una segunda visita la creo del todo innecesaria.

"Sin más de particular reciba los saludos de su s. s.

Dr. F. Leyd."

Imagínese el lector la alegría del joven. Deslumbrado de felicidad, tendrá necesidad de refrenar su impaciencia hasta que llegue la hora de la salida del despacho de la linda mecanógrafa a la que le declarará profundamente emocionado su pasión y sus propósitos.

Y su alegría contrastaba, sin ellos saberlo, con la amargura de su amigo el provinciano, que había resultado contaminado...

Pero, ya que estamos en la Policlínica, asistamos a varios de los casos que en ella se presentan.

El cuadro indicador señala:

"Para el número — 127 ... Ir a la cabina.—F."

Y el número 127 se dirige a dicha cabina donde es debidamente examinado, recibiendo el siguiente diagnóstico:

—Usted se encuentra en el caso típico del accidente primario. Tenemos la suerte de poder diagnosticar exactamente el tratamiento de su enfermedad y sobre todo de que di-

cho tratamiento pueda ser aplicado en los comienzos con toda eficacia. Vamos, pues, a comenzar por la primera parte del mismo consistente en las inyecciones de Arsenobenzol."

En la sala correspondiente a las mujeres es llamada a la cabina E la cliente señalada con el número 153. Tras de ser examinada, se le dice:

"Ya que el accidente primario pasó inadvertido, en esta erupción la primera huella aparente..."

La cliente señalada por el número 170 acude a la cabina D.

No se trata de ella, sino que acude a solicitar informes sobre la enfermedad de su hijo. La pobre mujer no acaba de comprender cómo su rapaz, que para ella sigue siendo siempre un niño inocente, ha podido ser contaminado de aquella sucia dolencia. Allí se le explica, con profundo desconsuelo por su parte:

"Ciertamente, buena señora, es triste, pero es cierto, y su hijo se encuentra contaminado, pese a su poca edad. No ha sido debidamente preparado para entrar en la vida y ha tenido la desgracia de ser iniciado en los misterios de la sexualidad

por una cualquiera que no ha reparado en contagiarlo, o que tal vez ignoraba ella misma que se encontrase enferma. Las estadísticas exactas nos enseñan que el hombre es precoz para el amor en la actual sociedad. De cada cien jóvenes entre los 17 y los 19 años, cincuenta han experimentado contactos sexuales. De cada ciento entre los 15 y los 17, están en el mismo caso un promedio de diez. Entre los 14 y los 15 años, el porcentaje que señala la estadística es el de tres. Es, pues, muy difícil asegurar la virginidad de los jóvenes y los padres debieran cuidar de ilustrarles en la materia para evitar que sean iniciados por quien menos indicado está para ello. Pero no se preocupe, porque su hijo curará y tal vez lo ocurrido le sirva de saludable lección."

A otro cliente se le manifiesta:

"Estos tumores son causados por la enfermedad que viene usted arrastrando hace ya varios años. Pero, no se desanime usted. Con un tratamiento enérgico, aún puede curarse por completo."

Pero, he aquí que nos tropezamos en la Policlínica, lugar en el que

vienen a converger para ser desatados por la ciencia todos los hilos de la trama novelesca de la cinta, con otro antiguo conocido. El joven petulante y guapo que explota su físico en el cabaret, consagrado a los amores productivos en los que encuentra su sustento, y teniendo que vivirlos con la primera que se le presenta, si dispone de fondos, ha notado también síntomas alarmantes, y acude a los remedios de la ciencia.

Y, tras de ser examinado en la cabina que le ha tocado, se le dice:

"Vuelva a venir dentro de cuatro semanas y no se olvide de que su mal es contagioso. Sepa también que es un crimen, que hasta se encuentra perseguido por la ley, todo acto desconsiderado mientras exista la posibilidad de infección."

Seguramente le hicieron tales advertencias porque comprendieron la clase de pájaro de que se trataba, poniéndole en grave aprieto, él que vivía de eso. En adelante, para sacar sus propinas, tendría que bailar, que flirtear y que "darle coba" a las mujeres, pero sin poder pasar más allá de tales manifestaciones inocentes e inocuas.

Sólo que antes, ignorante de su enfermedad, no había obrado con tanta prudencia, lo que hace que veamos aparecer también en la Policlínica a aquella mujer casada que bailó con él en el cabaret aquella noche.

Cuando le afirmaron, sin género alguno de duda, que ella, una mujer casada, se encontraba contaminada de aquel mal, su desesperación no reconocía límites.

—¿Pero cómo es posible? — se preguntaba incrédula.

—Señora — se le respondió—.

La reacción de Wassermann es incontestable. Se encuentra usted contaminada por los gonococos... Pero no se preocupe que podrá ser curada y se empleará la mayor discreción.

A un joven, que saltó de alegría, le manifestó un médico:

—Está usted completamente curado y puede casarse sin ningún temor.

—¡Gracias, doctor! — contestó con lágrimas de agradecimiento en los ojos.

Horrible tragedia

Habían pasado algunos días y la horrible tragedia del obrero Gustavo Peters y de su compañera Emma daba sus horribles frutos de dolor.

Llegó un momento en el que fué imposible sustraer por más tiempo el niño a los ojos de su madre y ésta llegó a enterarse de la horrible verdad sumiéndose su alma en la más negra desesperación.

Gustavo tenía que marcharse al taller a trabajar mientras ella quedaba en su casa entregada a su desconsuelo, hecha un mar de lágrimas, viendo desvanecidas todas sus ilusiones, la confianza en su compañero, que le había infligido la más cruel ofensa al contaminarla de aquella inmundicia, y la ilusión

de la maternidad, ante aquel desdichado hijo suyo.

Gustavo trataba de consolarla en vano:

—¡Emma, Emma! ¡No llores! ¡Te lo ruego! ¡No llores más! Te juro que yo no sabía nada... ¡Escúchame! Fué ese maldito charlatán que me aseguró que no era nada de importancia... ¡Emma, por Dios, escúchame! Iremos los tres al hospital y nos curarán bien... ¡Dios mío, Dios mío!... Y es preciso que me vaya y que te deje así... Ya es la hora... Hasta luego, Emma.

Y se marchó hacia el taller medio loco, desesperado, odiándose a sí mismo y lleno todo su corazón de una compasión sin límites por su

desdichada mujer, por su pobre hijo.

Los obreros camaradas suyos que habían llegado al trabajo antes que él, comentaban la noticia que habían adquirido en el periódico profesional órgano de su asociación. El no les había dicho nada, porque ni quería acordarse de aquel parto, de aquel hijo...

—¿Es cierto? ¿Gustavo Peters? ¡Estará contento!

—¿Qué estáis diciendo de Gustavo? — preguntaba otro.

—¿Pero no habéis leído? Su esposa le ha dado un hijo.

—¡Y qué callado lo tenía!

—¡Tendrá que pagar la cerveza para todos!

—¡Silencio, que viene!

Y lo recibieron con gritos, con vivas, con hurras y hasta con poesías más o menos malas y circunstanciales.

Había que convidar, no cabía otra solución, y corrió alegremente la cerveza, dejándose contagiar Gustavo por el buen humor de sus camaradas, profundamente emocionado por el franco cariño que le demostraban, hasta olvidarse, entre trago y trago, de su horrible tragedia,

reaccionando optimista ante la idea de una posible curación y del olvido de su mujercita.

Mientras que ésta, que se consideraba la mujer más desdichada del mundo, loca de desesperación, preparaba su suicidio para marcharse de este mundo acompañada de su desdichado hijo, a quien más le valdría morir que arrastrar la vida maldita que la enfermedad le ofrecía.

La falta de fe es horrible y preparaba la triste tragedia. Entretanto, la confianza en la ciencia, hacía nacer un dorado idilio. El joven estudiante había encontrado al fin su media naranja en la joven mecánografa y ambos entretejían el delicioso ensueño de la felicidad fundamentada en el más sublime amor.

Terminado el trabajo, Gustavo Peters, transformado el estado de su ánimo por la comunicativa alegría de sus camaradas, regresaba impaciente hacia su hogar revolviendo en su magín argumentos para tranquilizar a Emma y soñando con la futura curación de los tres...

Y, entretanto, los vecinos de su casa comentaban el desenlace cruel de la tragedia.

—¿Pero qué ha pasado? — preguntaba uno alarmado al ver los conciliábulos en voz baja y los siniestros murmullos.

—La señora Peters que se ha suicidado...

—¿Cómo?...

—Con el gas.

—Sí, con el gas. Ha taponado bien todas las rendijas, ha abierto la espita y ha esperado tranquilamente la muerte con su hijo entre los brazos.

—¡Es espantoso!

—¡Es horrible!

—Ahí viene el marido...

Y, bien ajeno a la tragedia que se cernía sobre su cabeza, reconfortado el ánimo por la alegría optimista de sus camaradas, barajando argumentos para convencer a Emma, llegó Gustavo hasta su casa viendo en todas las caras una mirada torva e indecisa. Todos parecían huir de él. Todos le miraban silenciosamente. Todos le decían lúgubremente:

—Buenas tardes, Peters.

Pero nadie se atrevía a darle la horrible noticia.

E iba subiendo lentamente la escalera e iba encontrando a los ve-

cinos que le miraban desde el rellano silenciosamente con algo extraño en sus miradas...

Al llegar a su piso, su angustia, sus presentimientos, eran más poderosos que él.

—¿Pero qué ha pasado? ¡Emma, Emma mía! ¿Dónde está mi hijo?

Y pudo contemplar el cadáver de su desdichada compañera y enterarse de que su hijo había podido ser salvado...

Renunciamos a intentar dar ni una idea de la desesperación del pobre hombre, él que tanto amaba a su mujer, a la que con su conducta irreflexiva había empujado hasta el suicidio.

Su hijo era ya su último consuelo, y lo acarició con transportes, aquel pobre pedacito de carne enfermiza por su culpa.

Pero ellos irían al hospital donde se curarían. Su hijo recobraría la salud y sería para él, en el porvenir, el dulce y consolador recuerdo de la pobre mártir.

Inconscientemente, sin ver las cosas con claridad completa, pero consciente de la horrible fuerza determinante de las circunstancias, el

pobre obrero sentía un odio feroz que no sabía contra quién enfocar.

¿Qué culpa tenía él, que ni un momento acarició una mala intención cualquiera? ¿Por qué había de ser tan desdichado?

El no lo sabía, pero había un cul-

pable, de quien él vivo, y Emma muerta, y el hijo podrido, resultaban las víctimas. El culpable era la sociedad con sus convencionalismos, con sus prejuicios, con su prostitución, con la miseria que arrastra a ella a infelices mujeres...

Terminación

Pasó el tiempo que fué cicatrizando la dolorosa herida sentimental de Peters. Este se sometió a sí mismo y sometió a su hijo a la curación indicada. La ciencia restituía así dos vidas a su cauce normal.

En la Policlínica, volvemos a encontrar a Peters, a quien acababan de poner una inyección.

Y, aun conturbado y temeroso, le preguntaba al practicante:

—¿Y cómo se llama este líquido que me ha puesto usted?

—Se llama Arsenobenzol. Estas inyecciones deberá usted recibirlas sin interrupción durante mucho tiempo.

—Sí... pero... ¿y mi trabajo?

—Durante la primera época del

tratamiento, no necesitará usted abandonarlo.

—Pero... ¿y luego? ¿más tarde?

—No se desanime usted. Para todo se encontrará remedio y podemos asegurarle que quedará completamente curado.

—Y sobre todo—añadió el practicante para darle ánimos—piense usted en su hijo que también será curado y que podrá ser el día de mañana un hombre de provecho.

Y el obrero, vislumbrando un porvenir que ya no se cerraría para él al ser posible que su vida se continuara en la de su hijo, deudores ambos a la ciencia de un porvenir lleno de salud, sintió renacer su optimismo...

¡Si no hubiese muerto la pobre Emma!...

* * *

Llegó la primavera llena de sonrisas, como una nueva juventud que se nos brinda cada año.

Llegó la primavera y el joven estudiante, desaparecido de su pecho el espanto que tanto le angustió durante unos días, vió brillar esplendorosamente el porvenir a la luz de la esperanza.

Una vida nueva se abría ante sus ojos. Aquella mecanógrafa, tan guapa, tan ingenua, tan pura y tan necesitada: aquella mecanógrafa con la que tropezó en el cabaret una noche, comprendiéndose inmediatamente ambos corazones; aquella muchacha estaba tan enamorada de él como él de ella, y ambos contrajeron matrimonio.

Los imperativos sexuales, tan ti-

ránicos en la robusta juventud, encontrarían plena satisfacción sin peligro de suciedades ni de enfermedades en la pureza del lecho conyugal.

Ambos jóvenes, uno para el otro, se sintieron felices, impregnados completamente de felicidad, una felicidad que no era empañada por ninguna nostalgia del mundo, del lujo, de los placeres ilusorios.

El, consagrado al estudio, para limpiar la humanidad de prodredumbre, futura abeja de la gran columna de la medicina, fervoroso sacerdote de la salud, oficiante en los altares de Esculapio...

Ella... sólo para su maridito, consagrada a su amor, toda y exclusivamente suya...

F I N

Exclusiva de venta: Sociedad General Española de Librería. — Barará: 16, Barcelona

COLECCION USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales

de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

- | | | | |
|---------------------------|---------------------------|---------------------------|------------------------------|
| La viuda alegre | La melodía del amor. | La princesa se enamora. | Honor entre amantes. |
| El gran desfile. | Cristina, la Holandesa. | Amanecer de amor. | Para alcanzar la luna. |
| Miguel Strogoff o el | ¡Viva Madrid, que es | El gran desfile (edición | El hombre que asesinó. |
| Correo del Zar. | mi pueblo! | popular). | ¡Ríndase! |
| La princesa que supo | Sombras blancas. | Du Barry, mujer de | La calle. |
| amar. | La copia andaluza. | pasión. | El prófugo. |
| El coche número 13. | Los cosacos. | La viuda alegre (edición | Milicia de paz. |
| Sin familia. | Icaros. | popular). | Amores de medianoche. |
| Mare Nostrum. | El conde de Montecristo. | Angeles del infierno. | Miguel Strogoff o el |
| Nantás, el hombre que se | La mujer ligera. | Cuerpo y alma. | Correo del Zar (edición |
| vendió. | Virgenes modernas. | El impostor. | popular). |
| Cobra. | El pagano de Tahiti. | Esposa a medias. | La hermana San Sulpicio. |
| El fin de Montecarlo. | Estrellas dichosas. | Esclavas de la moda. | El demonio y la carne |
| Vida bohemia. | La senda del 98. | Petit Café. | (edición popular). |
| Zazá. | Esto es el cielo. | Hay que casar al prin- | La dama misteriosa. |
| ¡Adiós, juventud! | Espejismos. | cipe. | Los claveles de la Virgen. |
| El judío errante. | Evan, eline. | Inspiración. | Pereja de baile. |
| La mujer desnuda. | Orquídeas salvajes. | El proceso de Mary | Alma libre. |
| La tía Ramona. | El caballero. | Dugan. | Al Capone (Pánico en |
| Casanova. | Egoísmo. | En cada puerto un amor. | Chicago). |
| Hotel imperial. | La máscara del diablo. | Marruecos. | Mi último amor. |
| Don Juan, el burlador | El pan nuestro de cada | ¡Conoces a tu mujer? | Muchachas de uniforme. |
| de Sevilla. | día. | El millón. | Marido y mujer. |
| Noche nupcial. | Vieja hidalguía. | La mujer X. | Mata-Hari. |
| El séquito cielo. | Tentación. | Gente alegre. | Congorilla (fuera de se- |
| Beau Geste. | La pecadora. | Mar de fondo. | rie). |
| Los vencedores del fuego. | El beso. | La llama sagrada. | Carceleras. |
| La mariposa de oro. | Ella se va a la guerra. | La fruta amarga. | Erase una vez un vals. |
| Ben-Hur. | Los hijos de nadie. | La ley del harén. | Hombres en mi vida. |
| El demonio y la carne. | El pescador de perlas. | Vidas truncadas. | Niebla. |
| La castellana del Líbano. | Santa Isabel de Ceres. | La fiera del mar. | Rebeca. |
| La tierra de todos. | Las dos huérfanas. | Tabú. | Indeseable. |
| Tripoli. | La canción de la estepa. | El pasado acusa. | Tarzan de los monos. |
| El rey de reyes. | El precio de un beso. | Papá piernas largas. | El terror del hampa. |
| La ciudad castigada. | La rapsodia del recuerdo. | Trader Horn. | La vuelta al mundo por |
| Sangre y arena. | Delikatessen. | Un vanqui en la corte | Douglas Fairbanks. |
| Aguilas triunfantes. | Del mismo barro. | del rey Arturo. | Chica bien. |
| El sargento Malacara. | Estrellados. | El código penal. | Recién casados. |
| El capitán Sorrell. | Cuatro de infantería. | La pura verdad. | Champ (El campeón). |
| El jardín del edén. | Olimpia. | Maternidad, o el derecho | La zarpa del jaguar. |
| La princesa mártir. | Monsieur Sans-Gêne. | la vida (fuera de se- | Los amores de José Mo- |
| Ramona. | Sombras de gloria. | rie). | jica (fuera de serie). |
| Dos amantes. | Mamba. | Carbón (La tragedia de | El caballero de la noche. |
| El príncipe estudiante. | Ladrón de amor. | la mina). | Arsène Lupin. |
| Ana Karenine. | Molly (la gran parada). | Estudiantina. | La dama del 13. |
| El destino de la carne. | El valiente. | Las peripecias de Skippy. | Amor en venta. |
| La mujer divina. | ¡De frente... marchen! | ¡Oué viudita! | El pecado de Madellón |
| Alas. | Prim. | El camino de la vida. | Claudet. |
| Cuatro hijos. | El presidio. | Noches de Viena. | La casa de los muertos. |
| El carnaval de Venecia. | Romance. | Mamá. | Titanes del cielo. |
| El ángel de la calle. | El gran charco. | Eran trece. | El proceso Dreyfus. |
| La última cita. | Tempestad. | Cheri-Bibi. | La vida de un gran ar- |
| El enemigo. | El dios del mar. | Bésame otra vez. | tista. |
| Amantes. | Anne Christie. | Camarotes de lujo. | El último varón sobre la |
| Moulin Rouge. | Sevilla de mis amores. | Los hijos de la calle. | Tierra. |
| La bailarina de la Ope- | Horizontes nuevos. | La divorciada. | Fantomas. |
| ra. | Ben-Hur (edición popu- | Madame Satán. | Violetas imperiales. |
| Ben Ali. | lar). | ¡Cuándo te suicidas? | Sov un fugitivo. |
| Los cuatro diablos. | La incorregible. | Marianita. | Teresita. |
| ¡Ríe, payaso, ríe! | El malo. | El carnet amarillo. | La película de las estrellas |
| Volga, Volga. | El pavo real. | Honrarás a tu madre. | Grand Hotel (fuera de |
| La sinfonía patética. | Bajo los techos de París. | Su última noche. | serie). |
| Un cierto muchacho. | Wu-li-chang. | Las alegres chicas de | Hollywood al desnudo |
| ¡Nostalgia! | Montecarlo. | Viena. | Sangre roja |
| La ruta de Singapore. | Camino del infierno. | ¡Viva la libertad! | Emma |
| La actriz. | ¡Mío será! | Malvada. | Primavera en otoño |
| Mister Wu. | ¡Aleluva! | El teniente del amor. | |
| Renacer. | La mujer que amamos. | Deliciosa. | |
| El despertar. | Al compás de 3/4. | Cielo robado. | |
| Las tres pasiones. | | Amargo idilio. | |

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

LA DELICIOSA OPERETA

EL AZUL DEL CIELO

por la famosa MARTA EGGERTH

En preparación:

MERCADO DE MUJERES

Recuerde usted los siguientes títulos:

El monstruo de la ciudad * El hombre que se reía del amor

¡Hágase reservar sus pedidos desde ahora mismo!

¡Siempre lo mejor!

¡NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

LOS MEJORES FILMS

Coleccione usted los nuevos
aciertos de
Ediciones BISTAGNE

EXITOS CINEMATOGRAFICOS

NÚMEROS PUBLICADOS:

LA LOTERIA DEL DIABLO, por Elissa Landi, Victor Mac Laglen, etc.
LA CONDESA DE MONTECRISTO, por Brigitte Helm.

AMOR PROHIBIDO, por Adolphe Menjou y Bárbara Stanwyck.

UNA MUJER DE MALA FAMA, por Mady Christians, Hans Stowe, etc.

UNA NOCHE EN EL PARAISO, por Anny Ondra.

JAQUE AL REY, por Emile Chautard, Pauline Garon.

PARIS-MEDITERRANEO (Dos en un coche), por Annabella y Jean Murat.

PAPA POR AFICION, por Warner Baxter y Marian Nixon.

BAJO EL CIELO DE CUBA, por Lawrence Tibbet, Lupe Vélez, etc.

LA CHICA DEL GUARDARROPA, por Sally Eilers, Ben Lyon, etc.

EL HACHA JUSTICIERA, por Edward G. Robinson, Loretta Young, etc.

CON EL FRAC DE OTRO, por William Haines y Dorothy Jordan.

CONDENADO, por Ronald Colman.

MONSIEUR, MADAME Y BIBI, por Mary Glory y René Lefebvre.

ILLUSION JUVENIL, por Marian Marsh Anita Page, etc.

EL DORADO OESTE, por George O'Brien.

ENTRE DOS FUEGOS, por Joan Bennett y Ben Lyon.

LA REINA KELLY, por Gloria Swanson, Walter Byron y Seena Owen.

SU GRAN SACRIFICIO, por Richard Barthelmess, Mae Marsh, etc.

Lujosa presentación. 8 interesantes fotografías en papel couché.
Precio: **50** céntimos

NÚMEROS PUBLICADOS:

Chandú (Fantasía oriental)

por Edmund Lowe e Irene Ware

El dinero tiene alas

por Will Rogers, Dorothy Jordan, etcétera

No quiero saber quién eres

por Liane Haid y
Gustav Froehlich

La mujer pintada

por Peggy Shannon
y Spencer Tracy

¡Aló, París!

por Josette Day y Wolfgang Klein

Pájaros de noche

Anny Ondra. Ivan Petrovich, etc.

La bailarina Sans-Souci

por Lil Dagover. Otto Gebühr, etc.

Una aventura amorosa

Mary Glory, Albert Préjean, etc.

De pura sangre

Clark Gable, Madge Evans, etc.

El beso redentor

Charles Farrell, Joan Bennett, etc.

Inmejorable presentación. 8 interesantes fotografías en papel couché. Precio: **50** céntimos

Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

Exitos cinematográficos

Publicación semanal a base de películas de relieve - Ilustraciones en papel couché. Precio: 50 cts.

Los mejores films

Publicación semanal de gran presentación - Ilustraciones en papel couché. Precio: 50 cts.

La Novela Cinematográfica del Hogar

52 páginas de texto. - 5 Ilustraciones interiores. Postal-regalo. Precio 30 cts.

EL SOBRE SEMANAL

Conteniendo una novelita de cine completa con su correspondiente postal, a 15 cts.

AVENTURAS FILM

Asuntos de emoción completos, inmejorable presentación y excelente texto, a 15 cts.

Colección Idolos populares

Biografía de los artistas favoritos de la juventud. Cómo se formaron. Cómo llegaron a artistas de cine.

Precio 15 cts.

Y LAS SELECTAS EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas. 220 títulos publicados. Precio: 1 peseta

EDICIONES BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis. BARCELONA

E. B.



Precio: Una peseta